

ro redondo de ancha presilla, llevaba los caballos atados con un haz de cintas, y montaba un caballo inglés de bellísima estampa y subidísimo precio, al que regía con la gracia de quien ha hecho de la equitación un estudio profundo. A no mucha distancia le seguía su criado, cuya aristocrática librea estaba en perfecta armonía con el ademán majestuoso de su amo.

Manuel, al verles dirigirse tan directamente hacia el castillo, por un instante creyó que era el barón de Lectoure, que anticipaba su viaje para sorprenderle en el instante mismo de llegar él á su casa; pero pronto se desengañó de su engaño, y aunque le pareció que no era la primera vez que veía á aquel caballero, no le fue posible recordar dónde y en qué circunstancias le encontrara.

Mientras el joven buscaba en su imaginación á qué acontecimiento de su vida se unía el vago recuerdo de aquel hombre, los recién llegados desaparecieron detrás de una pared, y cinco minutos después, Manuel oyó los pasos de sus caballos en el patio.

Casi al punto se abrió la puerta, y un criado anunció al capitán Pablo.

V

Así el nombre como el aspecto del jinete anunciado despertaron en la memoria del conde de Auray un recuerdo confuso; mas antes de que pudiese sacar nada en limpio, aquél apareció en la puerta del aposento opuesta á aquella por la cual había salido la marquesa. Aunque el momento era inoportuno para una visita, y el joven conde, preocupado con sus proyectos sobre lo porvenir, hubiese preferido madurarlos en su mente más bien que no enunciarlos en su corazón, se vió constreñido, por la obligación que imponía el decoro, tan severo en aquellos tiempos entre las gentes bien educadas, á recibir con cortesía y deferencia al recién venido, cuyos modales, por lo demás, anunciaban al hombre de mundo.

Tras los saludos de costumbre, Manuel inclinó con un gesto al desconocido á que tomara asiento en una silla de brazos.

El recién llegado hizo á su vez una cortesía y se sentó, entablándose, con la más exquisita ci-

vilidad, la conversación entre ambos interlocutores.

—Me place grandemente el encontrarle á usted, señor conde, dijo el desconocido.

—El acaso me ha mimado, caballero, repuso Manuel: de venir usted una hora más temprano no me encuentra; en este instante llego de París.

—Lo sé, señor conde, pues usted y yo acabamos de recorrer el mismo trayecto; partí una hora después de usted, y durante todo el camino he adquirido noticias de usted por los postillones que han tenido la honra de conducirle.

—¿Puedo saber, caballero, preguntó Manuel con acento en el cual empezaba á traslucirse cierto descontento, á qué circunstancias debo el interés que, al parecer, se toma usted por mí?

—Este interés es natural entre antiguos conocidos, y quizá me cabría derecho á quejarme de que no fuese correspondido.

—En efecto, caballero, me parece haberle ya visto á usted en otra parte; pero lo recuerdo de una manera tan vaga, que le estimaré me refresque la memoria.

—Si es cierto lo que usted me dice, señor conde, fuerza es confesar que tiene usted la memoria un tanto flaca, pues en el espacio de seis meses esta es la tercera vez que me cabe la honra de cruzar con los de usted mis cumplidos.

—Por más que me exponga á un nuevo reproche, caballero, me veo obligado á declarar que continúo en la misma perplejidad respecto de usted. Le ruego, pues, se sirva determinar cuándo nos hemos encontrado, en qué fechas ó en qué ocasiones, y recordarme en qué circuns-

tancias tuve la honra de verle á usted por vez primera.

—La primera vez que tuve la honra de encontrarle á usted, señor conde, fué en la playa de Puerto Luis. Deseaba usted adquirir noticias respecto de cierta fragata, y yo tuve la fortuna de poder comunicárselas; y aun me parece que le conduje á usted á bordo. En aquel entonces vestía yo el uniforme de alférez de navío de la marina real, y usted el de mosquetero.

—En efecto, y aun recuerdo que me vi obligado á salir del buque sin poder darle á usted las debidas gracias por las atenciones que le había merecido.

—Está usted en un error, señor conde; las gracias me las dió usted en nuestra segunda entrevista.

—¿Dónde?

—Á bordo de la misma fragata á la cual le conduje á usted, en la cámara. Esta vez vestía yo el uniforme de capitán de buque, esto es, casaca azul, chupa y calzones encarnados, medias cenicientas y sombrero de tres picos, y llevaba arrollados los cabellos. Lo único que había era que el capitán parecía treinta años más viejo que el alférez de navío; y no crea usted que, al envejecerme, lo hice á humo de pajas, pues de lo contrario tal vez no habría usted confiado á un joven un secreto tan importante como el que me comunicó entonces.

—Lo que usted me acaba de recordar parece increíble, caballero, y, sin embargo, una voz íntima me está diciendo que es verdad. Sí, recuerdo que en medio de la obscuridad que le envol-

via á usted, vi brillar unos ojos á los de usted parecidos; no los he olvidado. Según me ha manifestado usted, en la cámara fué donde me cupo la honra de verle la penúltima vez. Continúe usted refrescándome la memoria, caballero, pues no recuerdo cuándo fué la última.

—¿La última, señor conde? fué en París, hace ocho días, en un asalto en la academia de esgrima de Saint-Georges. ¿Recuerda usted un hidalgo inglés, de cabellera empolvada, aunque no lo bastante para que, al través del polvo, no se conociese que era pelirrojo? Sí, un inglés que vestía casaca encarnada y pantalones ajustados. Hasta tuve la honra de esgrimir con usted, y fui bastante afortunado para contarle á usted tres botones, sin que usted, por su parte, me tocara una sola vez. Entonces me llamaba Jones.

—¡Es singular! la mirada era la misma, es cierto, pero no podía ser el mismo hombre, profirió Manuel de Auray.

—¡Ah! replicó Pablo, es que Dios ha querido que la vista fuese lo único que no pudiese disimularse: ahí por qué ha puesto en cada mirada una chispa de su divina llama. Ya lo ve usted, pues: el alférez de navío, el capitán y el inglés, eran yo mismo.

—¿Me hace el favor de decirme, caballero, qué es usted hoy? y dispéñeme la pregunta, no del todo excusada tratándose de un hombre que, como usted, sabe disfrazarse tan perfectamente.

—Hoy, señor conde, ya lo ve usted, no tengo para qué esconderme: de consiguiente, he venido con el traje sencillo y desaliñado que usan los jóvenes señores cuando se visitan mutua-

mente como vecinos del campo. Hoy soy lo que más le plazca á usted ver en mí: francés, inglés, español, y, si quiere, americano. ¿En cuál de estos idiomas prefiere usted que continuemos la conversación?

—Aunque algunas de esas lenguas me son casi tan familiares como á usted, prefiero la francesa, por ser la de las explicaciones claras y concisas.

—Enhorabuena, señor conde, repuso Pablo con acento de profunda melancolía; también la francesa es la lengua que yo prefiero; vi la primera luz en Francia, el sol de Francia es el que primero me alegró los ojos; y si bien he visto con frecuencia tierras más fértiles y un sol más rutilante, para mí nunca han existido más que una tierra y un sol: el sol y la tierra de Francia.

—Su entusiasmo patrio, caballero, interrumpió Manuel con ironía, le hace olvidar el asunto al cual debo la honra de su visita.

—Dice usted bien, señor conde, y á él vuelvo. Como iba diciendo, hace seis meses que, paseándose usted por la playa de Puerto Luis, vió en la abra exterior una fragata de poca manga y arboladura esbelta, y dijo para sus adentros:

—Es menester que el capitán de ese buque obedezca á causas sólo conocidas de él para llevar tanta tela y tan poca madera.—De ahí nació en usted la creencia de que yo era filibustero, pirata, corsario, ¿qué sé yo?

—¿Así, pues, me equivoqué?

—Creo haberle ya expresado á usted mi admiración, caballero, respondió Pablo con ligero acento de zumba, por la perspicacia con que, á

la primera mirada, profundiza usted á los hombres y á las cosas.

—Basta de cumplidos, caballero, y hablemos de lo que importa.

—En tal persuasión, pues, se hizo usted conducir á bordo por cierto alférez de navío, y encontró en la cámara de la fragata á cierto capitán. Usted era portador de una carta del ministro de marina, el cual ordenaba á todo oficial dedicado á la navegación de altura, que rigiese un buque puesto al amparo del pabellón francés y partiese para el golfo de Méjico, que, al ser requerido por usted, admitiese á bordo para conducirlo á Cayena á un tal Lusignán, reo de Estado.

—Es cierto.

—Obedecí la mencionada orden por ignorar yo á la sazón que aquel gran delincuente, de quien se decretara la deportación, no había cometido otro crimen que ser el amante de la hermana de usted, la señorita Margarita.

—¡Caballero! exclamó Manuel levantándose impetuosamente.

—Hermosas pistolas, conde, prosiguió Pablo con negligencia y jugando con las armas que, al apearse de la silla de posta, el de Auray dejara sobre la mesa.

—Y que están cargadas, repuso Manuel con acento que no daba lugar á dudas respecto de su significado.

—¿Son certeras? preguntó Pablo con afectada indiferencia.

—Es usted dueño de probarlo por sí mismo, respondió Manuel, si no halla inconveniente en dar conmigo una vuelta por el parque.

—Para esto es inútil que salgamos, señor conde, profirió Pablo fingiendo no comprender la proposición de Manuel en el sentido provocativo que éste había querido darle. Ahí hay un blanco colocado á distancia conveniente.

Dichas estas palabras, el capitán amartilló la pistola, y, al través de la abierta ventana, la apuntó á la cima de un arbolillo, en la rama más elevada del cual se estaba meciendo un jilguero que daba al viento su alegre y agudo canto.

Pablo disparó, y el pobre pajarillo cayó, partido en dos, al pie del árbol.

—Tenía usted razón, señor conde, dijo el capitán colocando de nuevo y friamente la pistola sobre la mesa.

—Y de ello acaba usted de darme una prueba singular, caballero, repuso Manuel; no puedo menos de confesar que tiene usted buena puntería.

—¡Qué quiere usted, conde! dijo Pablo con el acento melancólico que le era peculiar; durante los interminables días de calma chicha, en los que ni el más leve soplo de viento riza ese espejo de Dios á que apellidamos Océano, nosotros, los marinos, nos vemos obligados á buscar distracciones que en tierra firme les salen al encuentro á ustedes. Entonces ejercitamos nuestra destreza apuntando á las gaviotas que se mecen perezosamente en la cresta de las olas, á las picazas que se precipitan desde las nubes para apoderarse, en la superficie del agua, de los peces incautos que á ella suben, y á las golondrinas que, fatigadas de un largo viaje, se

posan en los picos de nuestras vergas. He aquí por qué, señor conde, llegamos á perfeccionarnos algo en ejercicios que, á primera vista, parecen extraños á nuestra profesión.

—Prosiga usted, caballero, y, si es posible, volvamos á hablar del individuo á que ha hecho usted referencia.

—¡Qué joven tan bondadoso y valiente era Lusignán! Me contó su historia, y por ella supe que era hijo de un antiguo amigo del padre de usted. Muerto el padre de Lusignán sin dejar bienes de fortuna, el marqués de Auray, uno ó dos años antes del ignorado accidente que le quitó la razón, prohió al huérfano, el cual fué educado con usted y le inspiró desde el principio el odio, así como á su hermana el afecto. Me hizo sabedor, también, de su larga adolescencia pasada en la soledad, y de cómo él y la hermana de usted no reparaban en su aislamiento en medio de la gente sino cuando no estaban reunidos. Refirióme Lusignán todas las circunstancias de sus juveniles amores, y cómo, cierto día, Margarita le dijo las palabras de la doncella de Verona: «Seré tuya ó de la muerte.»

—Y, por cierto, que ha cumplido con creces su palabra.

—¿No es verdad que sí? ¡Y ustedes, gentes virtuosas, tildan de oprobio y deshonor el que una pobre niña, perdida por su inocencia misma, ceda á la edad, á la atracción, al amor! La señora marquesa de Auray, á quien ciertos deberes alejan de su hija y acercan á su marido, pues conozco las virtudes de la madre de usted como las debilidades de su hermana; la marquesa

de Auray, mujer severa, más que no debería serlo una criatura humana que no tiene, sobre los demás, otra ventaja que la de no haber faltado nunca; la señora de Auray, repito, oyó durante cierta noche mal reprimidos ayes, y entrando en el dormitorio de su hija, se encaminó pálida y muda á la cama de ésta, arrancó con impasibilidad glacial, de brazos de la madre, un niño que acababa de nacer, y se fué con él, sin dirigir un reproche á su hija, pero más pálida y más silenciosa que no entrara. En cuanto á la desventurada Margarita, no exhaló una queja, no profirió una voz; y es que, al ver á su madre, se había desmayado. ¿No es así, señor conde? ¿no le parece que estoy bien informado? ¿es verídica esta terrible historia?

—La conoce usted en sus más mínimos pormenores, murmuró Manuel aterrado.

—Es que estos pormenores, repuso Pablo abriendo una cartera, están todos consignados en estas cartas de Margarita, cartas que me entregó Lusignán, para que las pusiera en manos de quien las había escrito, en el momento en que él entró á ocupar, entre ladrones y asesinos, el sitio que usted le conquistara con el lustre de su apellido.

—¡Démelas usted! exclamó Manuel tendiendo la mano hacia la cartera, y le prometo hacerlas llegar fielmente á manos de la que ha cometido la imprudencia...

—De hacer depositaria de sus amarguras á la única persona á quien amaba en el mundo, ¿no es eso? interrumpió Pablo acercando á sí las cartas y la cartera. ¡Imprudente una joven

que, al arrancarle su madre el hijo de su corazón, derrama lágrimas de hiel en el seno del padre de su hijo! ¡Imprudente una hermana que por no haber hallado contra tal tiranía apoyo en su hermano, ha comprometido su noble apellido firmando, con el que ostenta, cartas que, á las miradas necias y mal predisuestas de la sociedad, pueden... ¿cómo lo dicen ustedes?... pueden... deshonrar á su familia ¿no es así?

—Ya que usted conoce tan perfectamente el terrible alcance de esos papeles, repuso Manuel sonrojándose de impaciencia, llene la comisión que le confiaron entregándomelos á mi, ó bien á mi madre, ó á mi hermana.

—Esta era mi intención al desembarcar en Lorient, señor conde; pero hace diez ó doce días que al entrar en una iglesia...

—¿En una iglesia?

—Sí, señor.

—¿Para qué?

—Para orar.

—¡Ah! ¿con que el señor capitán Pablo cree en Dios?

—¿Á quién invocaría yo, durante la tormenta, si no creyese en Él?

—Bien, bien. ¿Y dice usted que en esa iglesia...?

—En esa iglesia, caballero, oí como un sacerdote anunciaba la próxima boda de la señorita Margarita de Auray con el muy alto y muy poderoso señor barón de Lectoure. Al punto tomé informes de usted, y como me dijeron que estaba usted en París, me vi obligado á ir personalmente á la capital para dar noticia de mi comisión al monarca.

—¡Al monarca!

—Sí, señor, al rey Luis XVI, á Su Majestad en persona... Me puse, pues, en camino, con el propósito de regresar al mismo tiempo que usted. En París, donde le encontré á usted en casa de Saint-Georges, supe que estaba usted preparándose para emprender el viaje de regreso, y yo hice lo mismo para que los dos llegásemos aquí, poco más ó menos, al mismo tiempo... Y aquí me tiene usted, caballero, con una resolución muy distinta de la que, hace tres semanas, tomé al llegar á las costas de la Bretaña.

—Y ¿cuál es la nueva resolución que ha tomado usted, caballero? Diga, pues es preciso que concluyamos.

—Ya que todos olvidan al pobre huérfano, incluso su madre, he resuelto acordarme yo de él. Atendida la representación social de usted, caballero, y animándole, como le anima, el deseo de aliarse con el barón de Lectoure, único que puede, según usted, realizar los ambiciosos proyectos que usted sustenta, estas cartas valen, á lo menos, veinte mil duros, ¿no le parece? Es una pequeña brecha abierta á los cuarenta mil que usted disfruta de renta.

—Y ¿quién me asegura á mí que esos veinte mil duros...?

—Tiene usted razón, caballero; así, pues, entregaré estas cartas á cambio de un contrato de renta á favor del joven Héctor de Lusignán.

—¿Nada más?

—Además exijo que me entregue usted el niño; gracias á su fortunita, yo le haré educar lejos de su madre, que lo ha olvidado, y lejos de su

padre, á quien hizo usted desterrar á lejanas comarcas.

—Está bien, caballero. Á saber yo que había usted venido para semejante bicoca, no me hubiera desasosegado hasta tal punto. Sin embargo, me permitirá usted que hable de ello á mi madre.

—Señor conde... dijo en esto un criado abriendo la puerta.

—No estoy en casa para nadie; váyase usted, respondió Manuel con impaciencia.

—La hermana del señor conde solicita hablar con él.

—Que vuelva más tarde.

—Es que desea hablar ahora mismo con el señor conde.

—No se moleste usted por mi, dijo Pablo.

—Pero ¿no comprende usted cuánto importa que mi hermana no le vea?

—Perfectamente; pero como también importa que yo no salga de este castillo sin haber terminado el asunto que á él me ha traído, permítame usted que entre en ese gabinete.

—No hallo inconveniente, dijo Manuel abriendo por su mano la puerta; pero, apresúrese usted, apresúrese.

No bien Manuel hubo cerrado precipitadamente, y tras Pablo, la puerta del gabinete, cuando entró Margarita.

VI

Margarita de Auray, de quien nuestros lectores han conocido la historia al asistir á la conversación del capitán y del conde Manuel, era una de esas hermosuras delicadas que llevan impreso en toda su persona el sello aristocrático de su cuna. Á la primera mirada adivinábase cuánto había de noble en la airosa flexibilidad de su cuerpo, en la blancura mate de su cutis, en el modelado de sus delgadas y largas manos y en la transparencia de sus rosadas uñas. Era evidente que los pies de Margarita, tan diminutos que los dos hubieran cabido en la huella de un pie regular de mujer, sólo habían pisado alfombras ó céspedes. Su andar, no obstante ser gracioso, asumía un no sé qué de altivo y arrogante que recordaba el retrato de familia; en una palabra, se conocía que su alma, capaz de todos los sacrificios inspirados, lo era también de rebelarse contra todas las tiranías impuestas: que la abnegación era virtud instintiva en ella, así como la obediencia sólo un deber de educación: de manera que el tempestuoso viento que

la combatía, la doblaba como un lirio, no como una caña.

Sin embargo, cuando Margarita se presentó en el umbral, se traslucía en sus facciones un desaliento tan profundo, sus ojos conservaban huellas de lágrimas tan ardientes y agobiábasele el cuerpo bajo la pesadumbre de un infortunio tan desesperado, que Manuel comprendió que la infeliz había debido reunir todas sus fuerzas para conservar la apariencia de la calma.

Margarita, al ver á su hermano, hizo un esfuerzo sobre sí, y se operó en ella una reacción visible: así, pues, acercóse con cierta entereza nerviosa al sillón en que estaba sentado Manuel; mas al ver que el rostro de éste conservaba la expresión de impaciencia que tomara cuando el criado lo había interrumpido, se detuvo, y aquellos dos hijos de una madre misma, á quienes la sociedad no había aún concedido derechos recíprocos, se miraron mutuamente como extraños: él con los ojos de la ambición, ella con los del temor. Con todo, Margarita fué animándose paulatinamente, y dijo:

—Por fin has llegado, Manuel; aguardaba tu regreso como el ciego espera la luz. Y, no obstante, en la manera como recibes á tu hermana, se echa de ver fácilmente cuán mal ha hecho ésta en contar contigo.

—Si mi hermana vuelve á ser lo que siempre debió haber sido, repuso Manuel, es decir, hija sumisa y respetuosa, durante mi ausencia habrá comprendido qué exigen de ella su representación social y su alcurnia, y dado al olvido los acontecimientos pasados como si no hubiesen

acaecido; por consiguiente, mi hermana debe no acordarse de nada, y es obvio que se habrá preparado para entrar en lo porvenir que ante ella se abre. Si viene dispuesta de esta suerte á mi presencia, le abro mis brazos, y mi hermana no habrá dejado de serlo.

—Escucha con atención lo que voy á decirte, profirió Margarita, y toma mis palabras como una justificación para mí y no como un reproche contra los demás. Si mi madre, y Dios me libre de acusarla, pues la alejan de nosotros santos deberes; si mi madre, repito, hubiese sido para mí lo que son todas las madres, para ella mi corazón habría estado constantemente abierto como un libro. Á las primeras palabras que hubiese trazado en él una mano extraña, ella me habría dado á conocer el peligro, y yo lo hubiera evitado. Á haberme yo educado en medio de la sociedad, en vez de haber crecido como una pobre flor silvestre á la sombra de este vetusto castillo, desde mi infancia habría conocido la alcurnia y la representación que hoy me recuerdas tú, y probablemente no me hubiera desviado de lo que éstas prescriben ni de los deberes que imponen. Y, finalmente, si arrojada entre esas mujeres aristocráticas, retozonas y de corazón versátil, á quienes te he oído ensalzar con frecuencia, pero á las cuales no conocía, hubiera yo cometido las mismas faltas que he cometido por amor, comprendo que me hubiese sido dable olvidar lo pasado y sembrar en su superficie nuevos recuerdos, como plantamos flores sobre una tumba, y olvidando luego el paraje donde estas flores nacieran, labrarme con

ellas un ramo de baile ó una corona de desposada. Por desgracia, empero, no es así, Manuel. Cuando me han advertido, ya no era tiempo de evitar el peligro; hanme recordado mi representación y mi alcurnia cuando ya había caído en el abismo. ¡Y todavía vienen á exigir á mi corazón que se vuelva hacia los goces de lo porvenir, cuando está sumergido en las lágrimas de lo pasado!

—¿Y la conclusión de cuanto acabas de decir? preguntó Manuel con amargura.

—La conclusión, respondió Margarita, eres tú y únicamente tú, Manuel, que puedes hacerla si no venturosa, á lo menos leal. No me es posible buscar amparo en mi padre, porque ¡ay de mí! ni siquiera sé si conocería á su hija. En mi madre no tengo esperanza alguna: su mirada me hiela, sus palabras me matan. Sólo á ti, pues, podía yo recurrir; sólo á ti podía decirte:—Hermano mío, tú eres el jefe de la familia, y ahora es á ti á quien nosotros respondemos de nuestra honra. He sucumbido por ignorancia, y me han castigado como si hubiese cometido un crimen; ¿no hay bastante?

—Al grano, al grano, profirió en voz baja y con impaciencia Manuel; vamos á ver, ¿qué deseas?

—Ya que el casamiento con el único á quien podía unirme ha sido juzgado imposible, deseo y pido que me castiguen según mis fuerzas. Mi madre, Dios se lo perdone, me arrebató mi hijo como si ella no hubiese sido nunca madre, y al pobrecito lo educarán lejos de mí, en el olvido y en la obscuridad. Tú, Manuel, te has encar-

gado de perseguir al padre de mi hijo, como mi madre se había encargado de hacerlo con éste, y le has tratado con más crueldad que no debía de haber tratado, no diré un hombre á un semejante suyo, sino un juez á un reo. En cuanto á mí, sé decir que los dos, tú y mi madre, queréis imponerme un martirio más doloroso aunque el que conduce al cielo. Pues bien, Manuel, en nombre de nuestra infancia deslizada en la misma cuna, de nuestra juventud cobijada bajo el mismo techo, invocando el nombre de hermano y de hermana que llevamos y la naturaleza nos ha dado, pido encerrarme en un convento, y te juro que, una vez en él, con la frente inclinada hasta las losas y agobiada bajo la pesadumbre de mi culpa, suplicaré á Dios, por única recompensa á mis lágrimas, la razón para mi padre, la dicha para mi madre, y para ti, Manuel, honores, gloria y fortuna. Esto haré, te lo juro.

—Sí, y la gente dirá que yo tengo una hermana á quien he sacrificado á mi ambición, y á la que he heredado en vida. ¡Bah! no estás en tu juicio.

—Escucha, Manuel, dijo Margarita apoyándose en el respaldo de la silla que estaba próxima á ella.

—Di, profirió Manuel.

—Tú eres esclavo de tu palabra ¿no es verdad?

—Soy noble.

—Pues bien, mira este brazaletes.

—Ya lo veo ¿y qué?

—Está cerrado con llave, y la llave que lo

abre está guardada en una sortija, que di junto con mi palabra, palabra de que no me consideraré desligada hasta que me devuelvan la llave.

—¿Y el que tiene la llave...?

—Gracias á ti y á mi madre, está demasiado lejos para que se la mandemos á buscar: está en Cayena.

—Apuesto que antes de los dos meses de haberte casado, repuso Manuel con irónica sonrisa, este brazalete te incomodará hasta tal extremo, que tú serás la primera en querer desprenderte de él. Y si no, al tiempo.

—Creo haberte dicho que está sellado á mi brazo.

—¿Sabes qué hacen los que, por haber perdido la llave, no pueden entrar en su casa? mandan por un cerrajero.

—Pues para mí, repuso Margarita levantando la voz y tendiendo el brazo con ademán firme y solemne, á quien enviarán á buscar será al verdugo, pues primero me cortarán la mano que no la daré á otro.

—¡Cállate! ¡cállate! profirió Manuel levantándose y mirando con inquietud hacia la puerta del gabinete.

—Todo ha concluído, añadió Margarita. Sólo esperaba en ti, Manuel, pues por más que no comprendas ningún sentimiento profundo, no eres malo. He venido derramando lágrimas, y mis ojos te dirán que no miento, para decirte: Hermano mío, esa boda causa la desventura y la desesperación de mi vida; prefiero encerrarme en un convento, prefiero la miseria, la muerte. Y no me has escuchado, y si me has

escuchado no me has comprendido. Pues bien, me dirigiré á ese hombre, y haré un llamamiento á su honor y á su delicadeza, y, si esto no basta, se lo contaré todo: mi amor por otro, mi debilidad, mi falta, mi crimen; le diré que tengo un hijo, pues aunque me lo han arrebatado, y no he vuelto á verle, ni sé dónde está, mi hijo existe; existe, sí, porque un hijo no muere sin que su muerte repercuta en el corazón de su madre. Y, finalmente, le diré, si es preciso, que amo á otro, que á él no puedo amarle ni le amaré nunca.

—¡Pues bien! exclamó Manuel, perdida la calma ante tal insistencia, díselo todo, y por la noche firmaremos el contrato y á la mañana siguiente serás la baronesa de Lectoure.

—Sí, repuso Margarita, y entonces seré la mujer más desgraciada del mundo, pues tendré un hermano á quien habré dejado de querer y un marido que no me inspirará afecto alguno. Adiós, Manuel; pero créeme, el contrato ese todavía no está firmado.

Margarita abandonó la estancia, dominada por esa desesperación lenta y profunda en la expresión de la cual no es posible engañarse. Así es que Manuel, convencido de que la actitud de su hermana significaba, no una victoria para él, como él creía, sino una lucha, la miró alejarse con inquietud no exenta de ternura.

Al cabo de un instante de silencio y de inmovilidad, el joven, al volverse y ver en pie al umbral del gabinete al capitán Pablo, á quien había olvidado por completo, y comprendiendo al punto cuánto le interesaba en tales circuns-

tancias la posesión de los papeles que el marino había venido á ofrecerle, se sentó vivamente á una mesa, tomó recado de escribir, y mirando á Pablo, dijo:

—Ya estamos solos, caballero; de consiguiente, nada nos impide finalizar el asunto. ¿Cómo quiere usted que esté redactado el compromiso? Dicte usted, estoy pronto.

—Es inútil, repuso friamente el capitán Pablo.

—¿Por qué?

—Porque he mudado de consejo.

—¿Y eso? preguntó Manuel levantándose des-pavorido de las consecuencias que entreveía en las palabras que acababa de escuchar y le cogieron de sorpresa.

—Yo daré, respondió Pablo con la calma del que ha tomado una resolución, los veinte mil duros al niño, y hallaré marido para Margarita.

—Pero ¿quién es usted, exclamó Manuel adelantando un paso hacia su interlocutor; quién es usted, caballero, para disponer de esta suerte de una joven que es hermana mía y no le ha visto nunca á usted, ni le conoce?

—¿Quién soy? repuso Pablo sonriendo; palabra de caballero, que sobre el particular no estoy más al corriente que usted, pues mi cuna es un secreto que no deben revelarme hasta tanto no haya cumplido los veinticinco.

—¿Y los cumplirá usted...?

—Esta tarde, caballero; y desde mañana me encontrará usted á su disposición para cuantas noticias desee respecto de mí, dijo Pablo inclinándose.

—Le permito á usted que se vaya, profirió Ma-

nel; pero ya puede usted suponer que á condición de vernos nuevamente.

—Lo mismo iba á decirle á usted, caballero, replicó Pablo, y le agradezco que se haya anticipado á mis deseos.

El marino hizo otra reverencia á Manuel y salió del aposento.

Pablo se reunió de nuevo, en la puerta del castillo, á su criado, que le estaba aguardando, y subiéndose sobre su caballo, tomó otra vez el camino de Puerto Luis; pero llegado que hubo á un paraje en el cual no podían verle desde el castillo, se apeó y se encaminó á una cabaña de pescadores situada en la playa.

Al umbral de aquélla, sentado en un banco y vestido de marinero, estaba un joven de tal suerte absorto en sus pensamientos, que ni siquiera oyó como se le acercaba Pablo.

—La he visto, dijo el capitán, poniendo la mano en el hombro del joven, que se estremeció, miró al marino y se puso pálido como un cadáver, por más que la fisonomía franca y alegre de Pablo indicase que éste estaba muy distante de ser portador de una mala noticia.

—¿Á quién? murmuró el joven.

—¡Demontre! á Margarita.

—¿Y qué?

—Que es hechicera.

—No te pregunto eso.

—Continúa amándote.

—¡Oh! ¡Dios mío! profirió el joven arrojándose en los brazos de su amigo y rompiendo en sollozos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VII

Aunque, por lo que dejamos expuesto, nuestros lectores deben comprender sin trabajo qué había pasado durante los seis meses en que hemos perdido de vista á nuestro héroe, sin embargo, y para la cabal inteligencia de los nuevos acontecimientos que van á consumarse, es menester que demos algunos pormenores.

Por la tarde del mismo día en que se trabó el combate que, á pesar de nuestra ignorancia en marina, hemos intentado hacer presenciar á nuestros lectores, Lusignán contó á Pablo la historia de su vida, sencilla y poco variada, vida de la que el amor había sido el principal acontecimiento, y constituido toda su alegría primeramente y luego todo su dolor. La existencia libre y aventurera de Pablo, su posición ajena á todas las exigencias, el no conocer más ley que su albedrío y la costumbre de dominar en absoluto á bordo, le habían inspirado un sentimiento demasiado justo del derecho natural para que, respecto de Lusignán, cumpliera la

orden que le habían dado. Por otra parte, aunque anclado á la sombra del pabellón francés, Pablo, como hemos visto, pertenecía á la marina norteamericana, de la que había abrazado con entusiasmo la causa. Continuó, pues, nuestro héroe su crucero por la Mancha, pero no hallando qué hacer en el Océano, desembarcó en White-Haven, pequeño puerto del condado de Cumberland, á la cabeza de unos veinte hombres, entre los cuales estaba Lusignán, se apoderó del fuerte, clavó los cañones, y no se dió otra vez á la vela hasta haber incendiado los buques mercantes anclados en la rada. Luego hizo rumbo á las costas de Escocia, con el fin de apoderarse del conde de Selkirk y llevarselo en rehenes á los Estados Unidos; pero este proyecto había fracasado por la circunstancia imprevista de encontrarse Selkirk en Londres. En ambas empresas, Lusignán le había secundado con el valor que le hemos visto desplegar en el combate entre la *India* y el *Drake*; de modo que, más que nunca, Pablo se felicitara de que el acaso le eligiera para oponerse á una injusticia. Pero no bastaba haber salvado de la deportación á Lusignán, era menester devolverle la honra; y para nuestro joven aventurero, en el cual nuestros lectores han conocido sin duda al famoso corsario Pablo Jones, tal empeño era de más fácil realización que para cualquiera otro, pues habiendo recibido patente de corso del rey Luis XVI para acosar á los ingleses, debía regresar á Versalles para dar noticias de su crucero.

Pablo escogió el puerto de Lorient, y vino á

anclar en él por segunda vez, á fin de estar á conveniente distancia del castillo de Auray.

La primera respuesta que Pablo y Lusignán obtuvieron de las personas á quienes interrogaron, fué la nueva del casamiento de Margarita de Auray con el señor de Lectoure. Lusignán creyó que su amante le había olvidado, y en el primer arrebato de su desesperación, y á riesgo de caer en manos de sus perseguidores, se empeñó en ver por última vez á Margarita, no fuese sino para reprocharla su ingratitud; pero Pablo, más sosegado y menos crédulo, le hizo dar palabra de que no desembarcaría antes de recibir noticias suyas; luego, y después de haber adquirido la seguridad de que la boda no podía celebrarse antes de quince días, partió para París, donde fué recibido por el rey, que le regaló una espada con empuñadura de oro y le concedió la cruz del Mérito militar. Pablo, aprovechándose de esta benevolencia, refirió á Luis XVI la aventura de Lusignán, y obtuvo para éste, no sólo el perdón, más también, y en recompensa de sus servicios, el nombramiento de gobernador de Guadalupe.

Pablo, no obstante lo ocupado que le tenían las diligencias que le llevaran á la corte, no había perdido de vista á Manuel, y cuando le informaron de la partida de éste, salió de París después de haber mandado un aviso á Lusignán para que le aguardara, llegando á Auray una hora después que el joven conde.

Ya hemos visto cómo Pablo se había desengañado del engaño en que estaba respecto de Margarita, cómo asistiera á la escena en que

ésta suplicó inútilmente á su hermano que se apiadase de ella no obligándola á casar con el barón de Lectoure, y, finalmente, cómo, al salir del castillo, se había reunido en la playa á Lusignán, donde éste le estaba aguardando, avisado por una carta que el día anterior le escribiera el corsario.

Pablo y Lusignán permanecieron reunidos hasta la caída de la tarde, á cuya hora, el primero, que, según dijera á Manuel, debía oír una revelación personal, se separó de su amigo, y tomó de nuevo y á pie el camino de Auray; pero ahora no entró en el castillo, sino que siguió á lo largo la cerca del jardín y se encaminó á una reja que daba entrada á éste y miraba á un bosque perteneciente al fundo de Auray.

Poco más ó menos una hora antes de que Pablo saliese de la cabaña de pescador en la cual se había nuevamente reunido á Lusignán, otra persona le precedía al encuentro de aquel á quien él iba á pedir la revelación de su cuna; dicha persona era la marquesa de Auray, la activa heredera del apellido *de Sablé*, á la cual hemos hecho aparecer una sola vez en este relato para describir su pálido y severo semblante. Como de costumbre, la marquesa vestía de luto; pero ahora llevaba, además, un velo negro que la envolvía por completo. Y aquí encaja decir que el paraje en busca del cual, con la indecisión de la ignorancia, iba nuestro esforzado é indiferente capitán, le era familiar á ella: era el tal paraje una como casa de guarda, situada á poca distancia de la entrada del parque, y habitada por un anciano para con el cual la marquesa

de Auray llenaba, desde hacía veinte años, una de esas obras de beneficencia laboriosa y continua que le valieran, en una porción de la Baja Bretaña, la fama de rígida santidad de que gozaba. Verdad es que tan solícitos cuidados á la ancianidad prestábalos la de Auray con el mismo semblante sombrío y solemne que hemos visto, semblante que nunca lo iluminaban las suaves emociones de la piedad; pero esto no quitaba que los prestara, como todos sabían, con una puntualidad que sustituía á la gracia y al hechizo de la caridad cristiana.

La marquesa puso el semblante todavía más grave que de costumbre cuando atravesó, con lentitud solemne, el parque de su castillo para dirigirse á la casita de guarda de la que hemos hablado; casita que, al decir de la gente, estaba habitada por un antiguo servidor de la familia Auray. La puerta de la mencionada vivienda estaba de par en par como para dar paso á los últimos rayos del sol poniente, tan gratos en el mes de mayo y tan vivificantes para los ancianos. Sin embargo, en la casita no había alma viviente. La marquesa entró en aquélla, tendió una mirada á su alrededor, y como si hubiese estado segura de que aquel á quien habla ido á buscar no podía tardar en presentarse, resolvió aguardarle. Sentóse, pues, la de Auray, pero semejante á las estatuas sepulcrales, que no están en su centro sino á la sombra mortuoria de sus húmedas criptas, lo hizo en sitio donde no pudiesen dar en ella los rayos solares.

Media hora hacía que la marquesa se encontraba en la casita, inmóvil é imaginativa, cuan-

do entre ella y la moribunda luz del día se interpuso un bulto.

La de Auray levantó lentamente los ojos, y vió de pie en el umbral de la casita al personaje á quien estaba aguardando.

El recién llegado y la marquesa se estremecieron como si el acaso les hubiese reunido, como si no hubiesen tenido la costumbre de verse diariamente.

—¿Es usted, Achard? profirió la marquesa hablando la primera. Le estoy aguardando á usted hace media hora. ¿Dónde estaba usted?

—Si la señora marquesa hubiese tenido á bien dar cincuenta pasos más, me habría encontrado al pie de la encina grande, en el linde del bosque.

—Ya sabe usted que no voy nunca por ese lado, repuso la marquesa conmoviéndose visiblemente.

—Hace usted mal, señora; en el cielo hay quien tiene derecho á nuestras comunes oraciones, y tal vez se admira de no oír más que las mías.

—Y ¿quién le dice á usted que yo no ore? profirió la marquesa haciendo un movimiento febril. ¿Usted cree que los muertos exigen que permanezcamos constantemente arrodillados sobre sus tumbas?

—No, respondió el anciano con profunda tristeza; no creo que los muertos sean tan exigentes, señora; pero estoy persuadido de que si algo de nosotros nos sobrevive en la tierra, ese algo se estremece al ruido de los pasos de aquellos á quienes hemos amado durante nuestra existencia terrena.

—¿Y si ese amor fuese culpado? dijo la marquesa en voz queda y profunda.

—Por culpado que haya sido, señora, respondió el anciano, bajando la voz al unísono de la voz de la marquesa, ¿usted imagina que la sangre y las lágrimas no lo han expiado? Créame usted, señora, Dios fué entonces un juez demasiado severo para no ser hoy padre indulgente.

—Sí, murmuró la marquesa, Dios ha perdonado tal vez; pero si la sociedad supiese lo que Dios sabe, ¿perdonaría como Dios?

—¡La sociedad! ¡la sociedad! profirió el anciano. Ahí su eterno asidero, señora. ¡La sociedad! á ella, á ese fantasma se lo ha sacrificado usted todo: afecto de amante, afecto de esposa, amor de madre, dicha propia, ventura ajena... ¡La sociedad! El temor á ella es el que ha vestido á usted ese traje de luto, tras el cual ha creído usted ocultarle sus remordimientos. Y ha tenido usted razón, pues ha logrado usted engañarla, haciéndole tomar por virtud los remordimientos que á usted la devoraban.

Levantó con inquietud la frente la marquesa de Auray, y apartó los pliegues de su velo para mirar al hombre que de tan singular manera la estaba hablando; luego, tras unos instantes de silencio en que inútilmente escudriñó el impasible rostro del anciano, dijo:

—La amargura con que usted me habla me daría á sospechar que tiene usted un resentimiento personal conmigo. ¿He faltado á alguna de mis promesas? ¿los que sirven á usted por orden mía, no le respetan y obedecen cual yo se

lo recomiendo? De no ser así, basta que diga usted una palabra.

—Usted perdone, señora, es tristeza, no amargura; es el efecto del aislamiento y de la vejez. Usted debe saber qué es el sentir pesares que no podemos comunicar; qué derramar lágrimas que no deben subirnos á los ojos y caen nuevamente y gota á gota en nuestro corazón. No, no tengo queja contra nadie, señora. Desde que usted, movida por un sentimiento al cual le estoy agradecido sin intentar profundizarlo, se encargó de velar personalmente para que nada me faltara, no ha olvidado usted un solo día su promesa, y, como el antiguo profeta, en ocasiones he visto venir un ángel por mensajero.

—Sí, repuso la marquesa; sé que Margarita acompaña á menudo al criado encargado de servirle á usted, y he visto con satisfacción los cuidados que á usted le prodiga y la amistad que siente por usted.

—Me parece que tampoco yo he faltado á mis deberes, repuso el anciano. Hace años que vivo alejado de los hombres y he ahuyentado de esta casa á todo ser viviente; tanto temía para usted el delirio de mis vigiliias y la indiscreción de mis sueños.

—Es verdad, es verdad; y, por fortuna, el secreto ha quedado bien oculto, dijo la marquesa poniendo la mano en el brazo de Achard; pero esto, para mí, es una causa más para no perder en un día el fruto de veinte años más sombríos, más aislados, más terribles aún que los que usted ha pasado.

—Lo comprendo: usted ha sentido más de una

vez volcársele el corazón al pensar de improviso que en el mundo había un hombre que quizá vendría un día á exigirme la revelación de ese secreto, y que á ese hombre no me cabía el derecho de ocultarle cosa alguna. ¡Ah! sólo al imaginarlo se perturba usted, ¿no es verdad? Tranquilícese usted, señora. El hombre ese se fugó, niño todavía, del colegio donde le hacíamos educar en Escocia, y hace diez años que nadie ha oído hablar de él. Ser consagrado á la obscuridad, se ha sustraído á su suerte, y ahora anda vagando por la inmensidad de la tierra, sin que se sepa dónde se encuentra. ¡Oh, pobre é innominada unidad, perdida entre los millones de hombres que nacen y mueren en la superficie del globo! Se le habrán extraviado la carta de su padre y la señal con auxilio de la que debo conocerle; ó, más bien todavía, puede que el infeliz ya no exista.

—Al decir á una madre tales palabras, revela usted crueldad, repuso la marquesa. Usted no sabe qué singulares secretos y contradicciones encierra el corazón de una mujer. Vamos á ver, mi viejo amigo, ¿el secreto que mi hijo ha ignorado durante veinticinco años, se hace hoy tan necesario á su existencia, caso de que todavía aliente, que no pueda vivir si no se lo revelan? Créame usted, Achard, en bien de él, vale más que continúe ignorándolo. Estoy segura de que hasta lo presente ha sido dichoso. No modifique usted su existencia, no le inculque pensamientos que pueden llevarlo á cometer una mala acción. No, en vez de lo que debes manifestarle, dile que su madre ha ido á reunirse con su padre

en el cielo, ¡y ojalá Dios fuese así. pero que, al morir, pues por más que tú digas quiero verle, estrecharle, no sea sino una vez contra mi corazón; dile que al morir lo ha recomendado á su amiga la marquesa de Auray, en la cual hallará una segunda madre.

—La comprendo á usted, señora, profirió Achard sonriendo. No es la primera vez que abre usted esta vía, en la cual quiere extraviarme; solamente que hoy lo hace usted con más franqueza, y, de atreverse, ó á lo menos si no me conociese como me conoce, me ofrecería alguna recompensa para determinarme á faltar á la voluntad postrera del que duerme tan cerca de nosotros. ¿No es cierto?

Hizo la marquesa un gesto como para interrumpir al anciano; pero éste tendió la mano y prosiguió:

—Escuche usted, señora, y lo que voy á decirle fijelo usted en su mente como una determinación irrevocable y santa: seré, á las promesas que hice al conde de Morlaix, tan fiel como lo he sido á las que hice á la marquesa de Auray. El día que el hijo de aquél, ó el de usted, venga para presentarme la prenda de reconocimiento y reclamarme la revelación del secreto, se lo diré. En cuanto á los documentos que lo atestiguan, ya sabe usted que no deben ser entregados al hijo del conde hasta que haya muerto el marqués de Auray. El secreto está allí, en aquel armario cuya llave no me abandona nunca, y no pueden quitármela sino robándomela ó asesinandome.

Las palabras del anciano revelaban una reso-

lución inquebrantable. Ningún poder humano pudo haberle arrancado el secreto antes de tiempo, ni podría impedirle que lo revelase una vez llegada la hora.

—Pero, dijo la marquesa levantándose a medias y apoyándose en el brazo de su sillón, usted puede fallecer antes que mi marido, pues si bien éste está más enfermo que no usted, en cambio tiene usted más edad. ¿Adónde irían a parar entonces esos documentos?

—El sacerdote que me asistirá en mis últimos momentos los recibirá bajo secreto de confesión, señora.

—Si, repuso la marquesa levantándose, y de esta suerte la cadena de mis crímenes se prolongará hasta mi muerte, y el último eslabón de ella estará soldado a mi féretro por toda la eternidad. En el mundo hay un hombre, uno solo tal vez, que es inquebrantable como una peña; y es menester que Dios lo coloque en mi camino, no sólo como un remordimiento, más también como una venganza; y es preciso que una tempestad me empuje hacia él hasta que me quebrante... Tú tienes mi secreto en tus manos; está bien; haz con él lo que quieras. Tú eres el señor, y yo la esclava. Adiós.

La marquesa se fué y se encaminó de nuevo al castillo.

VIII

—Si, dijo el anciano mirando como se alejaba la de Auray, sé que tienes de bronce el corazón, insensible a todo temor, salvo el que Dios te ha infundido en el alma en sustitución del remordimiento. Pero esto basta, ¿no es verdad? ¡Ah! es comprar bien cara una fama de virtud al precio de un terror eterno. Ciertamente que la fama de la marquesa de Auray está tan arraigada, que si la verdad surgía de la tierra ó bajaba del cielo sería tratada de calumnia. En fin, cuando Dios hace las cosas sabe por qué las hace, y lo que hace está escrito con mucha anticipación en su sabiduría.

—Muy bien raciocinado, dijo una voz fresca y sonora, respondiendo a la máxima religiosa a que acababa de dar expansión el resignado Achard. En verdad le digo, amigo mío, que habla usted como el Eclesiastés.

El anciano volvió el rostro y reparó en Pablo; el cual, llegado al salir la marquesa, no había sido visto por ésta, tan preocupada estaba con la escena que acabamos de describir sucintamente.